SEMILLAS DE ESPERANZA

Cuenta la leyenda, que hace muchos años, la Tierra respiraba en calma. Los ríos eran espejos del cielo que cantaban entre las montañas, los árboles guardaban antiguos secretos mientras eran mecidos por el viento en una hermosa danza y, los seres humanos vivían sin prisa en armonía con los animales. Todo tenía alma. Durante la noche el cielo parecía un océano de estrellas al alcance de la mano. Era un mundo donde la magia se encontraba en la forma en que las personas se cuidaban y amaban.

Con el tiempo llegaron las prisas y de su mano la ambición. La humanidad, ebria de poder, olvidó escuchar. Las manos que antes sembraban comenzaron a construir muros. Las ciudades crecían como heridas de acero y vidrio. La Tierra gemía de dolor y entre susurros pedía ayuda, pero nadie la escuchó.

Las personas vivían ajenas a la gravedad de la situación. Cada vez que se talaba un árbol o se envenenaba un río, una estrella se apagaba. Y llegó el día en el que el cielo se oscureció y la Tierra cerró los ojos y enmudeció. Sólo quedó el silencio.

En esa quietud, la humanidad descubrió su fragilidad y, entre los supervivientes se plantearon: ¿Y si pudiéramos empezar de nuevo? Y así fue como, desde las ruinas, comenzaron a germinar las primeras semillas de esperanza. Aprendieron a escuchar a la Tierra, a mirar el amanecer, a pedir permiso antes de tomar y a compartir antes de poseer. La tecnología renació, eso sí, de una manera humilde, al servicio de la vida como una aliada. Cultivaron con respeto guiados por el principio más simple: “vivir sin destruir”. Entendieron que un mundo sostenible no se impone, se cultiva y, que un mundo hermoso se construye con bondad y respeto.

Y así, poco a poco, la Tierra despertó, luminosa, verde y diversa. La humanidad dejó de ser dueña para volver a ser parte. Desde las ruinas del viejo mundo, floreció otro sostenible e inclusivo y las personas volvieron a mirar las estrellas, no para conquistarlas, sino para recordarse a sí mismas que también eran parte de ellas.

Mónica Maneiro Fernández